

## El hombre que no fue Herriot

Guyton, Popesko, McDonald, Lacadena, Ettinger...“Los libros no te preparan para esto”, pensó, “ni siquiera los de Herriot”. Y tenía razón. Hay cosas para las que ni los libros ni tan siquiera la experiencia preparan porque estar preparado para algo como aquello diría muy poco de él, o de quien fuera, como ser humano. Todo empezó con una llamada, un aviso de tantos de los que debe atender un veterinario rural, incluso uno tan joven como él. Si acaso era refrescante porque era época de partos y llevaba tantos avisos de vacas que cualquier incidencia que no fuera uno de ellos le suponía un estimulante cambio de aires. Aun teniendo que desplazarse a una granja tan remota como aquella. Incluso si el aviso era un raro avis con una sintomatología tan inespecífica como que “estaba triste”. Y era raro porque, como después le corroboró su jefe, los perros de aquellas granjas distaban mucho de ser considerados animales de compañía y, por tanto, de recibir la atención veterinaria correspondiente.

Pero ese perro estaba triste y él dirigió hacia allí como quien lo hace a la tierra prometida, y es que en ese momento no concebía otra Ítaca que no acabar el día extenuado. Por una vez no condujo demasiado deprisa, no como un veterinario. Por una vez disfrutó del paisaje y pudo relajarse lo suficiente como para sentirse afortunado, pese al cansancio, de estar viviendo su sueño.

Tras casi dos horas de camino por fin llegó a la granja, y aunque le resultaba relativamente familiar esa sensación de que nadie le esperaba pese a que le habían llamado, siempre le irritaba tener que ponerse a buscar al ganadero o a su familia por todo el lugar. A voces, claro. Y además en este caso le extrañaba, en la única visita que había realizado anteriormente a la granja el hombre se había mostrado hosco, pero muy formal, incluso le esperó a la entrada de la finca y le abrió la verja. Sin embargo ahora no contestaba, y no lograba encontrarlo por ninguna parte. Hasta que lo encontró.

Le dijo su jefe después que no es que fuera frecuente, pero tampoco extraordinario. Que teniendo en cuenta la vida aislada y solitaria de algunos de aquellos hombres, podían pasar meses antes de que recibieran alguna visita de modo que llamar al veterinario era una forma segura de ver a alguien. Bueno, de que alguien le viera a él o, para ser más exactos, encontrara el cadáver y diese los avisos pertinentes para que no se pudiese en la cuerda o fuese devorado por las alimañas. “¿Y porqué no avisar a la policía en lugar de meter en su vida a un desconocido que nada tiene que ver con él?”, preguntó. “Pues porque los veterinarios, aun en caso de urgencia, difícilmente pueden movilizar un helicóptero que llegue a tiempo de frustrar sus planes, supongo”.

Y sí, el hombre se había ahorcado y le había utilizado con ese fin, y la visión de aquel cuerpo inerte llenaba prácticamente todo su campo de visión, y sin embargo había algo más. Presa del estado de shock que lógicamente le mantenía aturdido, al principio no alcanzó a ver a aquel anciano perro tumbado a los pies de su amo muerto. Efectivamente parecía triste, qué otra cosa podía parecer dadas las circunstancias, pero no era fácil saber si se trataba de un retorcido gesto de sentido del humor por parte del ganadero o es que en realidad le ocurría algo. De todos modos tenía cosas más urgentes que atender y llamó a su jefe para que él se encargara de dar los avisos pertinentes a las autoridades, dado que era lógico aventurar que se encontraría bastante más sereno que él.

Si la velocidad de los servicios de emergencias era lo que le había involucrado en aquel asunto, el temor del granjero se mostraba completamente infundado. Ya hacía casi una hora del aviso y aun no había aparecido nadie de forma que, ya fuera por deformación profesional o simplemente por tener algo que hacer, acabó por fijarse en el perro. Se acercó lentamente y le habló con voz pausada. Era un buen perro pero uno nunca sabe. El animal se dejó acariciar sin reparo, de hecho parecía evidente que agradeció el gesto. Y fue entonces cuando el veterinario reparó en el papel que había prendido a su collar. “Hágase cargo de él, yo no he sido capaz. Espero que con esto se cubran sus gastos”. Y efectivamente, había un sobre pegado a la parte de atrás del papel con

dinero suficiente para pagar la consulta, el desplazamiento y, llegado el caso, la eutanasia. Porque ese parecía ser el encargo del fallecido. “Tiene valor para colgarse de una viga pero no para acabar con el perro”, pensó, pero cuando miró nuevamente al perro lo comprendió perfectamente. La eutanasia humanitaria no era un concepto al alcance del hombre, quien tendría que haberle aplicado su mismo tratamiento o bien, de tener escopeta, uno considerablemente más escandaloso, de forma que era comprensible que le hubiera faltado el valor. Y además tendría que haberle mirado, y eso siempre cambia las cosas.

El perro aun tenía al cuello el papel cuando el primero en llegar, un guardia civil, tomó declaración al veterinario. Era lo más parecido a una confesión de lo que disponían, de forma que hubo que considerar aquel papel una prueba lo que le supuso más tarde una amonestación por parte de su jefe ya que junto con el papel se fue el sobre y junto con el sobre el dinero. En todo el tiempo transcurrido desde que acariciara al perro, éste no se había separado de él, de forma que cuando obtuvo permiso de la autoridad para retirarse ya formaban a ojos de todos los demás una pareja indisoluble. A él, al veterinario, no obstante sí que le alcanzó la lucidez a preguntarle al agente qué debía hacer con el animal, pero el sutil encogimiento de hombros que obtuvo por toda respuesta no le dejaba mucho margen. De todas formas, si no se lo llevaba no le esperaba nada bueno, pero si se lo llevaba era a él al que el destino le deparaba algún que otro disgusto, ya que a su jefe no le iba a terminar de convencer el rendimiento de su día de trabajo: el gasto en gasolina, el dinero no ingresado y además cargar con el chuchó. Pero no, en eso le sorprendió porque no hubo reconvencción. “De todos modos no le queda mucho”, sentenció, y ese fue el final de la conversación.

En verdad se convirtieron en inseparables, el perro acompañó al veterinario a partir de entonces en todas las visitas y se convirtió en toda una celebridad. La sorprendente longevidad del animal parecía servirle de carta de presentación, aunque él poco tuviese que ver con ella. Se diría que la dolorosa contemplación de la muerte a la que su anterior dueño había obligado al perro había agotado la porción de muerte ajena que le correspondía contemplar y ésta había decidido mantenerse alejada de él hasta que le llegara el turno. Pronto se corrió la voz de la buena estrella de aquel joven veterinario que hasta entonces sólo había sido juzgado, y con extrema desconfianza, por su ausencia de canas, arrugas y cualquier otro signo de la edad. Rápidamente se supo que al nuevo no se le morían los pacientes, aunque él, de forma un tanto arrogante, lo atribuyese a la modernidad que pensaba que introducía en la práctica clínica del lugar, que consideraba un tanto anticuada. Pero sí que consideraba importante al perro en otro aspecto, la compañía que le hacía le permitía sobrellevar mejor los inconvenientes que aquella profesión soñada tenían para alguien criado en la capital. Cuando tenía unos días de permiso y volvía a Madrid a ver a la familia lo primero que hacía era ir al metro, al centro o a cualquier zona concurrida y sentarse un rato a ver pasar gente. Gente diferente. Diferente a la que estaba acostumbrado, diferente a si mismo y diferente entre si.

Fue a la vuelta de uno de esos permisos cuando se le acabó la suerte. El perro no acudió a recibirle y supo que algo había ocurrido. Era un animal de edad extraordinariamente avanzada y de capacidades físicas limitadas, por tanto no hacía excesivas alharacas, pero dada su capacidad su tímida bienvenida siempre le parecía a su bien entrenado ojo clínico toda una proeza olímpica. Y más lo percibió así ahora que le faltaba. Supo que sencillamente no se había despertado y se sintió extraordinariamente triste por no haber podido despedirse de su amigo. Al principio fue a esa tristeza a lo que achacó los errores, pequeños algunos y otros no tanto, que cometió en aquellos días, pero pronto descubrió que si el prestigio se difunde rápido, los rumores, las críticas y las malas noticias lo hacen vertiginosamente. Apenas en un mes llegó el primer aviso a su jefe con la instrucción precisa de que no lo atendiese su joven ayudante, y escasamente en tres recibió el primer aviso serio de despido.

Al final lo dejó él. Era un trabajo bonito, cuando era bonito, pero desde que le faltaba su compañero sólo lograba verle el lado extenuante y eso no era manera de enfrentarse a él. Lo curioso es que mientras tuvo al perro a su lado, pese a que lógicamente podía habérselas recordado, no pensó ni una vez en las circunstancias en que se conocieron pero ahora que le faltaba no podía quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo inerte de aquel hombre bamboleándose, como si fuera su futuro el que colgaba de la viga y no el cadáver de un muerto solitario. Era una idea demasiado triste, no quería formar parte de un mundo en el que una persona necesitaba llamar a un veterinario para que su cadáver fuese descubierto por la comunidad antes que por los gusanos sin que nadie pareciese alarmarse por ello. Y sin embargo eran buena gente. Aquel perro guardaba en sus ojos tristes toda la pena de aquella vida dura, pero también la alegría que, pese a todo, luchaba por salir al exterior y era indestructible. Envidiaba a su amigo, él sí supo sobreponerse y ver el lado bueno de las cosas, pero claro, era un perro y hay cosas que a las personas les resultaba terriblemente más difíciles de lograr que a muchos animales.

Pasó el tiempo y rehizo su vida tanto en lo personal como en lo profesional, en realidad si se lo hubiese preguntado probablemente se habría contestado que la suya era una vida feliz, completa y equilibrada, su experiencia como veterinario rural poco a poco fue convirtiéndose únicamente en un recuerdo lejano, casi borroso, y los buenos momentos ganaron terreno de forma que ocupaban más lugar en su memoria que los malos. Incluso la imagen que siempre pensó que le acompañaría mientras viviese como resumen de su experiencia, la del anciano ahorcado con su perro, triste, a sus pies, acabó por desaparecer de su cabeza pero sin embargo, pese al tiempo transcurrido, aun había veces que cuando conducía solo al volver de alguna cita de trabajo se volvía instintivamente hacia el lugar del copiloto para contarle a su amigo cómo le había ido todo, porque aunque ya nada quedara del tiempo que compartieron su mirada en la que cabían toda la tristeza y toda la alegría posibles, siempre viajaba con él en aquel asiento vacío.